

cuando podía convenir para otro fin importante, siendo fuera de este caso reservado y modesto; pero el desmedido amor propio de Ciceron, de hablar siempre de sí mismo, descubre una insaciable ánsia de gloria. La habilidad para hablar en público é influir por este medio en el Gobierno, fué igual en ambos, hasta el extremo de acudir á valerse de ellos los que eran árbitros de las armas en los ejércitos. . . . —(Varones ilustres.—Traducción de don Antonio Ranz Romanillos.)

SHERIDAN.

Figurémonos á Demóstenes, hablando ante una Asamblea formada de lo más escogido de la Grecia, sobre una cuestion á la cual vaya unido el destino de uno de los pueblos más ilustres de la antigüedad. ¿Hubo nunca escena más imponente ni asunto más vasto de deliberacion?.... Pero, ¿posee el tribuno un ingenio proporcionado á la importancia de estos grandes intereses? Sí, posee un ingenio, no solamente proporcionado, sino superior. Por el prestigio de su elocuencia, el aparato mismo de la Asamblea desaparece ante el talento del orador, y la importancia del asunto es momentáneamente absorbida por la admiracion que hace experimentar al auditorio. ¡Con qué fuerza de lógica, con qué superioridad de inteligencia, con qué calor de sentimientos no cautiva y se apodera de todos los espíritus á los cuales se dirige! ¡Cómo gobierna la razon, la imaginacion y las pasiones de la multitud! Tales esfuerzos no se esplican sino que por la perfeccion de los recursos de que dispone la naturaleza humana, y

Demóstenes consagró á este objeto todas las facultades que le fueron concedidas. Sus escitaciones interiores son poderosamente ayudadas por la energia de sus movimientos exteriores: cada músculo, cada nervio se pone en juego obedeciendo el impulso de su pensamiento; no hay ninguna de sus facciones, ni ningun miembro de su cuerpo, que no hable, por decirlo así, al compás de su voz. A despecho de los sentimientos diversos de que está animada la multitud que le escucha, la magia de su palabra la transforma en una masa dócil y homogénea, y bajo su impulsión poderosa la convierte en un solo hombre, dominado por una sola idea. Esta idea arranca este grito universal: «Marchemos contra Filipo, combatamos por nuestras libertades, sepamos conservarlas ó morir defendiéndolas.» (*Trozos selectos, etc., Sullivan, 1841.*)

HUGO BLAIR.

Apenas conocemos á Iseo sino por haber sido maestro del gran Demóstenes, en quien debemos confesar que la elocuencia brilló con un esplendor mucho mayor que en cuantos han tenido nombre de oradores.

Despreciando Demóstenes la manera afectada y florida de los retóricos de su tiempo, volvió á la vigorosa y varonil elocuencia de Pericles, y así la fuerza y la vehemencia son los principales caracteres de su estilo. Ningun orador tuvo jamás campo más hermoso que Demóstenes en sus Olintianas y Filípicas, que son sus principales oraciones; y no hay duda de que mucha parte de su mérito estriva en la nobleza del asunto y en la integridad y patriotismo

que en su mayor grado respira en ellas. El asunto es despertar la indignacion de sus conciudadanos contra Filipo, rey de Macedonia, enemigo de la libertad de la Grecia, y precaberlos contra las insidiosas medidas con que aquel Príncipe astuto procuraba tenerlos adormecidos en el peligro. Para conseguir este fin, lo vemos valerse del método más propio para animar á un pueblo célebre por su justicia, humanidad y valor; pero que ya degenerado, se dejaba algunos veces corromper. Repréndeles con fuerza su venalidad, su indolencia é indiferencia por la causa pública, y al mismo tiempo, con el mayor arte, les trae á la memoria la gloria de sus antepasados, acordándoles que son aun, aquel Pueblo poderoso y floreciente, protector de la libertad de la Grecia, y que solo les falta querer para hacer temblar á Filipo..... Sus oraciones son muy animadas, y están llenas de impetuosidad, fuego y patriotismo; y son una série continua de inducciones, consecuencias y demostraciones fundadas en la sana razon. Las figuras de que se vale no parecen estudiadas; nacen siempre del asunto, y usa de ellas con tanta parsimonia, que, lejos de distinguirse sus composiciones por lo espléndido de sus adornos, la particular energía de los pensamientos es lo que forma su carácter y le coloca sobre todos los oradores. Se vé que atendió más á las cosas que á las palabras. Olvidamos al orador, y pensamos en el asunto. No tiene pompa ni ostentacion, ni métodos de insinuarse, ni introducciones estudiadas.

La superioridad de Demóstenes se descubre principalmente en competencia de Esquines, en la famosa oracion *por la Corona*. Esquines fué su émulo en los negocios, enemigo personal suyo y uno de los más celebres oradores de su tiempo. Pero sus dos oraciones son débiles en comparacion de las de Demóstenes, y hacen menos impresion en el ánimo. Sus razonamientos sobre las leyes, de que trataban, son á la verdad muy sutiles; pero sus invectivas

contra Demóstenes son vagas y mal sostenidas. Demóstenes es un torrente irresistible. Arrastra con violencia á su antagonista; pinta su carácter con los colores más fuertes, y el mérito peculiar de esta oracion es que todas las descripciones son en gran manera pintorescas. Domina en todas ellas un tono de nobleza y magnanimidad, y el orador habla con aquella dignidad y aquel nervio y concision que únicamente inspiran las grandes acciones y el patriotismo.

Siempre grave, sério y apasionado, dá á todo un tono elevado, y se sostiene sin mezclar gracejo alguno. Si se puede poner alguna tacha á su maravillosa elocuencia, será que á veces es algo dura y árida. Se podrá creer que le faltaron blandura y gracia, lo que Dionisio de Halicarnaso atribuye á su imitacion demasiado servil de Tucídides, á quien tomó por modelo de su estilo, y cuya historia se dice que copió ocho veces de su puño. Pero estos defectos desaparecen á la vista de su admirable y robusta elocuencia, la cual se llevó tras sí á todos cuantos le oyeron, y aun hoy dia no se puede leer sin conmocion. Muerto Demóstenes, la Grecia perdió su libertad; desmayó, por consiguiente, la elocuencia, y volvió á caer en aquella manera débil que introdujeron los retóricos y sofistas.— (*Lecciones de literatura*, xxii. Traduccion de D. José Luis Munarriz.)

MIDDLETON.

DEMÓSTENES Y CICERON.

Roma antes de Ciceron tenía pocos oradores que la pudiesen satisfacer, y ninguno que pudiese admirar. Demós-

tenes fué su modelo, y la emulacion le empeñó á seguir sus huellas con éxito tan feliz, que mereció aquel elogio llamado por San Gerónimo hermosísimo: «Si Demóstenes te quitó la gloria de ser el primer orador, tú le privaste de la de ser el único.» El ingenio, la habilidad y el estilo de ambos se parecen mucho. Su elocuencia es de aquel género grande y sublime que hermosea cuanto toca, y le dá toda la fuerza y belleza de que es susceptible. Tienen aquella redondez de frase (según la espresion de los antiguos) á la cual nada se puede añadir ni quitar. En fin, la perfeccion de uno y otro es tan igual y sostenida en todo género de asuntos, que los críticos no han podido todavía convenirse en quien merece la preferencia. Es verdad que Quintiliano, el más juicioso de todos ellos, la dá enteramente á Ciceron; pues aunque sea cierto lo que otros piensan, que no tiene la fuerza, el nervio, la energía y lo que él mismo llama el rayo de Demóstenes, le lleva ventaja en la abundancia y la dulzura de la diction, en la variedad de los conceptos, y sobre todo, en la viveza de los dichos agudos; pues Demóstenes nada tiene de agradable y festivo, y si alguna vez quiere ser jocoso, lo ejecuta con bien poca gracia; y como dice Longino, «siempre que se mete á chancear y burlar, se hace ridículo, y si alguna vez acierta á mover la risa, es á costa suya.» Ciceron, al contrario, con su fondo inagotable de ingenio y de gracia, era dueño siempre que quería de agradar, aun cuando no lograrse persuadir; y tenía en su mano el inspirar á sus jueces la alegría, luego que comenzaba á temer su severidad. Todos saben que con un chiste aplicado á tiempo, salvó más de una vez sus clientes de ser condenados.—
(*Vida de Ciceron*, libro XII. *Traduccion de Azara.*)

BECKER.

Como hombre, como ciudadano y como orador, Demóstenes merece la estimacion general. Es imposible no experimentar un sentimiento de sorpresa, cuando se compara el espíritu que reina en sus discursos, con los relatos que los antiguos escritores han hecho de algunas circunstancias de su vida. Encuentro en sus arengas un hombre cuyo amor á la justicia y á la verdad se revela constantemente; un hombre para el cual no hay nada preferible á la independencia de su patria, y que se arma de toda la austeridad de su virtud para inducir á sus conciudadanos á imponerse todos los esfuerzos que el interés público les reclama. Lo veo emplear los recursos de su elocuencia y de su genio para conseguir este noble objeto. Ningun sacrificio es bastante grande, ningun peligro bastante inminente para hacerle retroceder; pero los esfuerzos de su celo y su actividad no logran buenos resultados. Atenas sucumbe á la dominacion extranjera. Una parte de los ciudadanos y de los hombres públicos, cómplices del usurpador, aceptan este yugo humillante. De este modo se formó un partido contrario al orador, partido siempre dispuesto á calumniar como hombre y como ciudadano al generoso defensor de la libertad de sus compatriotas. De este modo se han ido propagando de un siglo á otro siglo, una multitud de relatos mentirosos y de falsas opiniones sobre la elocuencia de Demóstenes. Escitaba el odio de cuantos abrigaban miras opuestas á las suyas, y de todos los que eran incapaces de comprender su grandeza. Hé aquí lo que esplica á mis ojos la contradiccion sorprendente que descubro entre lo que dicen los historiadores de Demóste-

nes y el espíritu que reina en sus discursos. Tal es también la opinión manifestada por M. Heeren en su excelente obra sobre el *comercio* de los antiguos.—(*Demóstenes considerado como hombre de Estado y como orador.*)

JACOBS.

¡Qué satisfacción y entusiasmo no se sienten al contemplar los caracteres heroicos que se elevan y colocan por cima de una raza degenerada! Demóstenes fué uno de estos caracteres. A su alma generosa estaba siempre presente la imagen de la antigua Atenas, cuyo valor heroico atravesó las tierras y los mares, dejando por todas partes monumentos imperecederos. Y lo mismo que los trofeos de Milcia les no dejaban ningun reposo á Temístocles, lo mismo el recuerdo de los dias gloriosos de su patria, eran para Demóstenes un aguijon que no daba treguas á su celo y su patriotismo. Animado del noble deseo de despertar la gloria adormecida de sus abuelos, exige de sus conciudadanos el partido más difícil, pero también el más honroso, y su indignacion estalla cuando los vé olvidarse de su antigua grandeza y preferir los placeres al honor. Mientras que otros oradores buscaban el favor del pueblo y mientras que le aconsejaban todo lo que podia lisonjear sus gustos y tendencias, Demóstenes combatía de frente las pasiones más arraigadas en su auditorio y juntaba la dulzura á la gravedad con un arte admirable, cuyo resultado era esa magnífica armonía con la cual, segun dice Plutarco, Dios gobierna el mundo. Como su alma, que se parecía tanto al alma de Pericles, su palabra también era

grave y prefería una gracia austera al lujo de los adornos. Su modelo era Tucídides, más bien para las ideas que para el estilo: por su boca parecía hablar en el presente un alma de los tiempos pasados; y las ideas, las expresiones y la armonía de sus discursos, respiraban una cierta dignidad antigua. Demóstenes tiene fuerza sin dureza; solemnidad sin ostentacion; elocuencia sin declamaciones; sencillez sin trivialidad..... Con estos recursos, sacados del fondo de su corazón, fué como pudo algunas veces, aun en medio de las circunstancias más difíciles, inspirar á sus conciudadanos nobles resoluciones, habiendo sido también, la alianza de Tebas con Atenas sobre el campo de Queronea, la obra de su victoriosa elocuencia..... Tales fueron la firmeza y la nobleza de opiniones que Demóstenes manifestó en el curso de su vida y en sus arengas. Estuvo hasta la muerte unido á la causa de la libertad y de la patria, siempre inalterable en sus principios; y segun dice Plutarco, dirigía el gobierno del Estado con un ardor que no se amenguaba jamás, no apartándose nunca de la línea de conducta que se había trazado. Una noble ambicion le inclinó desde su infancia hácia esta carrera seductora y sembrada de espinas que debía conducirle á la muerte; y los esfuerzos de su vida toda, no obedecieron á otro móvil que á su patriotismo y al deseo de sobrepujar á sus conciudadanos en los sacrificios que la patria exigía. Estos sentimientos están confirmados por la historia y por el testimonio de hechos incontestables, á los cuales no pueden oponerse los vanos reproches de sus adversarios.—(*Prefacio á los discursos políticos de Demóstenes.*)

EL ABATE ANDRÉS.

ESQUINES Y DEMÓSTENES.

Solo Esquines y Demóstenes llaman toda nuestra atención. Los grandes maestros que elevaron al más alto grado de gloria la elocuencia griega, y los verdaderos modelos para formar oradores forenses no son otros que Esquines y Demóstenes. Ciceron, justo apreciador de las obras de elocuencia, siempre habla con admiracion de las obras de Demóstenes; y Ciceron, que había formado una idea tan sublime de las prendas de un orador, no duda llamar á Demóstenes orador perfecto, á quien no falta parte alguna de tal. Quintiliano lo llama príncipe de los oradores y casi ley del buen modo de perorar. Los griegos Longino, Hermógenes y todos los maestros del arte oratoria, y singularmente Dionisio de Halicarnaso, no cesan de ensalzar con sumos elogios el ímpetu, la fuerza, el ardor y el invencible poder de la elocuencia de Demóstenes, y continuamente citan sus oraciones como verdaderos ejemplos de todas las prendas oratorias. Todos, en suma, griegos y romanos, antiguos y modernos, han dado tales encomios á Demóstenes, que su nombre solo, como ya decía Valerio Máximo, hace nacer en el ánimo de quien lo oye la idea de una perfecta y acabada elocuencia. Y si de este modo hablan de Demóstenes los buenos críticos griegos y romanos, no están ménos acordes en conceder á Esquines el segundo lugar en la profesion oratoria..... Demóstenes habla con tal aire de verdad y con tal peso de convencimiento, introduce tanto calor y fuego en cuanto dice, y mueve

las pasiones con tal ímpetu, que no deja lugar á que se consulte la tranquila y justa razon; su imperioso y seductor estilo sujeta, arrastra y arrebatá á donde él quiere, y posee mejor que Esquines y que todos los oradores griegos aquel dominio sobre los oyentes en que consiste la fuerza y el poder de la elocuencia..... Demóstenes se ha hecho el modelo de los oradores, y para hablar con Quintiliano, la ley del modo de perorar. En Demóstenes llegó la elocuencia griega á su mayor esplendor; pero habiendo llegado á tan alto punto, no pudo sostenerse por mucho tiempo, y bien pronto empezó á decaer.—(*Historia de la literatura*, tomo v. Traducción de D. Carlos Andrés.)

AZARA.

Demóstenes, por ejemplo, que es el héroe que Plutarco opone á Ciceron, puede competir, y aun en mi juicio esceder á este como orador; pero el teatro en que brilló el Romano, la importancia de sus acciones, las grandes cosas y aun el destino del entero género humano, que muchas veces dependieron de él, le hacen tan superior á Demóstenes, que en esto no parecen comparables. Sin embargo, cualquiera que lea ambas vidas, conocerá que Plutarco en su interior prefería á su paisano. Pasa rápidamente por todas las pruebas de la integridad de Ciceron, y proclama á su Demóstenes como el ejemplo del desinterés..... La verdad es que Demóstenes y todos los oradores que en su tiempo manejaban á su arbitrio al populacho ateniense, eran hombres cuyas lenguas, bajamente venales, estaban pensionadas de Filipo, de otros Príncipes ó de alguno de

los partidos de aquella República: en comprobacion de lo cual basta leer las oraciones del mismo Demóstenes, y de su antagonista Esquines. Componía Demóstenes oraciones en pró y en contra de una misma causa; por cien doblones prevaricó en la de Midias; gozaba pension del Rey de Persia, los recibos de lo cual halló Alejandro entre los papeles que sorprendió en Sardia: admitió del ladron Harpalo la famosa taza de oro con veinte talentos porque le defendiese, y luego hizo el entremés de fingir una esquinencia para escusarse de hablar contra él, dando mucho que reir al pueblo de Atenas. (1)—(*Prólogo á la traduccion de la vida de Ciceron, escrita por Middleton.*)

FENELON.

No temo decir que Demóstenes me parece superior á Ciceron. Protesto que nadie admira más que yo á este último: hermosea cuanto toca, dá honor á las palabras y hace de ellas lo que ningun otro sabría hacer. Posee todos los talentos. Es conciso y vehemente siempre que quiere contra Catilina, contra Verres y contra Antonio; pero se nota en sus discursos cierto artificio; el arte es maravilloso, pero se trasluce. Al mismo tiempo que el orador piensa en la salud de la República, no se olvida de sí mismo, ni deja que se olviden de él los demás. Pero Demóstenes parece que sale fuera de sí y no vé sino la pátria. Sin andar en busca de la belleza, la esparce sin cesar en

(1) Los lectores pueden juzgar de la exajeracion de todos estos cargos y de la falsedad de algunos.

sus discursos. Es superior á toda admiracion: se sirve de las palabras, como un hombre modesto del vestido, solamente para cubrirse. Truena, fulmina rayos, y no parece sino que es un torrente que todo lo arrebatá. No se le puede criticar porque embarga la imaginacion: se piensa en las cosas que dice, no en las palabras; se le pierde de vista, y solo se ocupa uno de Filipo que todo lo invade. Estoy enamorado de estos dos oradores; pero confieso que me mueve menos el arte infinito y la ostentosa elocuencia de Ciceron que la rápida simplicidad de Demóstenes. El arte manifestándose se desacredita y pierde su efecto.

En el orador griego habla la razon sin otro ornamento que su propia fuerza; hace palpable la verdad á todo el pueblo, lo despierta, lo mueve y le manifiesta el abismo abierto. Todo se dirige á la comun felicidad, no hay una palabra que tenga por fin al orador; todo instruye y conmueve, nada brilla.—(*Carta á la Academia francesa. Traduccion anónima.*)

LA HARPE.

Razonamientos y afectos, hé aquí toda la elocuencia de Demóstenes. Jamás hombre alguno ha dado á la razon armas más fuertes é inevitables. La verdad es, en su mano, un dardo penetrante que maneja con tanta agilidad como energia, y con el cual descarga golpes reiterados. Hierde sin dar tiempo de respirar; acomete, acosa, derriba y no es uno de esos hombres que dejan á su adversario abatido, el medio de negar su caída. Su estilo es austero y robusto,

como conviene á un alma franca é impetuosa. Se ocupa rara vez en adornar sus ideas; este cuidado le parece indigno de él, y solo procura hacer que lleguen, por completo, al fondo del corazón de los que le escuchan. Nadie ha empleado ménos las figuras de dición, y nadie ha desdeñado tanto los ornamentos; pero en su marcha rápida arrastra al auditorio á donde se propone llevarlo, y lo que le distingue de todos los oradores, es que la aprobacion que obtiene es siempre para el asunto que le ocupa y no para su persona. De otro se diría: Habla bien; pero de Demóstenes se dice: Tiene razon.

Demóstenes es el más terrible atleta que jamás ha manejado las armas de la palabra. Se sirve del razonamiento como de una maza que descarga sin cesar y sin perder ni uno solo de estos golpes redoblados. Al leer sus discursos he recordado con frecuencia aquel pasaje de la *Eneida* (v. 456 y 460) donde Entello, favorecido por los Dioses hace caer sobre el desventurado Dares una granizada de golpes, y lo lanza de un lado para otro, arrojando sangre por la nariz, por la boca y por los oídos. Encuentro aquí precisamente la imágen de Demóstenes, cuando tiene delante un adversario: ¡desgraciado del que se hallaba al alcance de este rudo justador!—(*Curso de literatura, primera parte, lib. vii, cap. iii.*)

VILLEMMAIN.

Rousseau dice que *Demóstenes es un orador y Ciceron un abogado*. Quitando al calificativo de abogado la acepcion injuriosa que nunca le fué dada con menos motivo,

se puede observar que Demóstenes mismo ofrece la perfeccion del talento del abogado, la exactitud y vivacidad en el debate, la destreza en el razonamiento, y algunas veces en el sofisma, y el arte de conocer y aprovecharse de las circunstancias. La dialéctica parece desde luego su talento natural, y únicamente el entusiasmo de las pasiones ha podido elevarlo hasta el sublime. Lo que hacía la brevedad fácil á Demóstenes, era que no apartaba la vista de la cuestion que se debatía; que la presentaba por todos lados con una inconcebible rapidez; que acumulaba las razones haciendo economía de las frases; que dirigía sus esfuerzos á convencer, y que se callaba despues de haber convencido..... La precision de Demóstenes jamás perjudica nada al desarrollo de las ideas, á las amplificaciones y á los efectos de la elocuencia. De otro modo, ¿habría merecido la reputacion de grande orador? Pero la primera virtud de su estilo es el movimiento y la variedad: esto es lo que le hacía triunfar en la tribuna, y á esto debió que fuese imposible permanecer indiferente sin dejarse arrastrar por el ímpetu de su palabra. A los dos mil años de haber muerto Filipo y la libertad griega, los acentos del orador conmueven todavía. La dición es escogida y enérgica al mismo tiempo que familiar; las conveniencias nobles y decorosas: los razonamientos, de una fuerza incomparable, y el conjunto de su discurso se halla animado de una vida interior y como movido por un resorte poderoso. En medio de una vehemencia tan apasionada, sorprende el alto juicio y los profundos conocimientos políticos del orador. Sus arengas, llenas de entusiasmo y de fuego, contienen las instrucciones más precisas y saludables sobre todos los detalles del gobierno y de la guerra..... Demóstenes hacía un uso muy frecuente de comparaciones establecidas sobre objetos de la vida comun, y casi siempre saca de ellas inducciones vivas y palpables, que aplica á la situacion y á los intereses de la República.